

Suzanne Baker

ARTE RUPESTRE DE NICARAGUA

1. Ubicación física y cultural

Nicaragua yace en el centro geográfico del istmo centroamericano (Fig. 70). Su localización como puente entre norte y sur ha originado un rico escenario ecológico y una compleja prehistoria. Topográficamente el centro del país está dominado por tierras altas que corren de noroeste a sureste y separan el Pacífico de las tierras bajas costeras del Atlántico. Las elevaciones sobre el nivel del mar varían de 2000 metros en las montañas en la parte norteña más alejada del país, a 300 metros en los cerros sureños de la península de Rivas y la región del Río San Juan. La vertiente acuífera del Atlántico, que abarca las dos terceras partes orientales del país, contiene la mayoría de los grandes ríos del país. Estaba, y de alguna manera aún está compuesta de selvas tropicales y sabanas de pinares, áreas que prehistóricamente fueron del dominio de esparcidas poblaciones de cazadores/recolectores, quienes explotaron los recursos de los bosques, ríos, y océano y se dedicaron a una agricultura de quema y rasa a pequeña escala.

Una cadena de volcanes domina la región costera del Pacífico. Otros rasgos naturales de gran importancia de las tierras bajas del Pacífico son dos grandes lagos de agua dulce: Lago Nicaragua (Cocibolca) que cubre 8264 kilómetros cuadrados y el Lago Managua (Xolotlan) con 1049 kilómetros cuadrados de área. Conectados en el pasado, están ahora separados por 25 kilómetros de tierra firme. El agua dulce, los recursos lacustres con suelos volcánicos fértiles, se combinaron para crear una ubicación ideal de densas poblaciones humanas prehistóricas, muchas de las cuales se dedicaban a una agricultura intensiva a la llegada del contacto con los europeos (Lange et al. 1992: 4-5). Había entonces áreas considerables de selva tropical seca en la zona del Pacífico, que han desaparecido casi en su totalidad.

Se ha conducido relativamente poco trabajo arqueológico en Nicaragua, por eso nuestra visión de las poblaciones prehistóricas es muy incompleta. No se han hallado sitios del período Paleoindio ni del Arcaico. Las fechas más tempranas hasta ahora establecidas se derivan del análisis de cerámica. En la región de Rivas, la cerámica más antigua se remonta aproximadamente al período de la Zona Bicromada (1000/500 a.C.-500 d.C.) (Lange et al. 1992: 176); Healy 1980: 306). Haberland (1992: 115) cree que debieron haber asentamientos en la isla de Ometepe que se remontan a 1500 a.C. (Haberland 1992: 115). La secuencia cultural de Magnus (1974) de la costa Atlántica, basada en fechas de radiocarbono y comparaciones de la cerámica, empieza alrededor de 400 a.C. Obviamente queda mucho por descubrir sobre los asentamientos tempranos en Nicaragua.

La información de las crónicas españolas, la lingüística, y la escasa cantidad de

información arqueológica disponible, nos muestra una compleja mezcla de poblaciones precolombinas al momento del contacto con los europeos. Pueblos tribales, tales como los Ramas, Sumu, y Matagalpa que creen tener afiliaciones sudamericanas, ocuparon la vasta vertiente del Atlántico (Newson 1987: 26). La zona del Pacífico, incluyendo la costa, la península de Rivas, las islas del lago Nicaragua, y la península de Nicoya en Costa Rica estaban compuestas de grupos que parecen haber representado múltiples migraciones de Mesoamérica, e incluían a los chorotegas, los maribios y los nicaraos. Se cree que los chorotegas fueron los más antiguos de estos pueblos migratorios, que arribaron de la región de Chiapas entre los años 800 d.C. y 1200 d.C. Al momento de la conquista española los chorotegas eran los más diseminados de estos grupos lingüísticos mesoamericanos, y ocupaban la mayor parte del golfo de Fonseca al sur de la punta de la península de Nicoya (Newson 1987: 28). Se tiene la creencia que los maribios o subtiaba eran originarios de Cholula, y al poco tiempo siguieron a los chorotegas. Los maribios también se asentaron en el occidente de Nicaragua. Los nicaraos, un grupo de habla nahuatl, fueron los últimos en llegar. Aunque la fecha exacta de su migración al sur se desconoce, aparentemente se establecieron alrededor del año 1200 d.C. de acuerdo a las evidencias etnohistóricas y de hallazgos de cerámica. Los nicaraos vivieron en la parte occidental del lago Nicaragua en el área de la península de Rivas, y su territorio separaba a los grupos chorotegas (Newson 1987: 30-32).

Los españoles llegaron a la costa del Pacífico de Nicaragua en 1522 y para 1524 habían establecido los primeros asentamientos permanentes de europeos. El comercio de esclavos pronto diezmó la región y Newson (1987: 105) estima que, para 1550, por lo menos entre 200.000 y 500.000 indígenas habían sido comerciados como esclavos, principalmente a Panamá y a Perú. Debido al tráfico de esclavos y a las enfermedades introducidas muchos demógrafos estiman que la población pudo haber declinado hasta en un 90%, especialmente en la costa del Pacífico (Lange et al. 1992: 24). La región del Atlántico de Nicaragua, por su densa forestación y accidentado terreno, permaneció relativamente aislada al control español y se convirtió en zona de influencia inglesa en los siglos XVIII y XIX.

2. Historia de Investigación del Arte Rupestre en Nicaragua

Nicaragua es arqueológicamente una de las regiones menos estudiada de las áreas centroamericanas; por consecuencia el alcance y profundidad de la investigación de su arte rupestre han sido igualmente limitados. Esta situación paulatinamente está cambiando a partir de la última década.

La primera vez que la atención mundial fue atraída al rico pasado antiguo de Nicaragua fue en la segunda mitad del siglo XIX, cuando exploradores norteamericanos y europeos, naturalistas, y otros estudiosos empezaron a visitar el istmo centroamericano (Belt 1874/1888; Boyle 1868; Sapper 2000; Squier 1851-2). Aunque ya grandes museos coleccionaban artefactos durante el siglo XIX y el principio del siglo XX,

hubieron escasas excavaciones científicamente serias y reconocimientos de limitado alcance antes de 1980. El arte rupestre fue confinado a menciones breves y secundarias en obras científicas grandes u otras de divulgación popular.

En la mitad del siglo XIX, Ephraim G. Squier, un diplomático del los Estado Unidos, viajó extensivamente por Nicaragua e hizo probablemente los primeros dibujos del arte rupestre, incluyendo petroglifos de Masaya y pinturas rupestres del lago Nihapa (ahora llamado Laguna Asososca) cerca de Managua (Squier 1851-2: Vol. 1: 402-405; Vol. 2: 24-27).

Earl Flint, doctor norteamericano, empezó a coleccionar materiales para el museo Peabody en 1878, excavando extensivamente en el sur de Nicaragua, incluyendo la isla Ometepe. Desafortunadamente, su obsesión por tratar de probar un origen pre-pleistoceno de las antigüedades de Nicaragua le impidieron ganar credibilidad como un investigador serio (Flint 1878-1899). Tenía un intenso interés en los petroglifos, los que pensó eran jeroglíficos de esos pueblos pre-pleistocenos. Por consecuencia, se encuentran muchos esbozos de arte rupestre hechos por Flint en la colección Peabody.

Durante los años de 1870 y 1880 se llevaron a cabo las primeras excavaciones científicas formales. J.F. Bransford, un doctor de la marina de EUA exploró y excavó en Ometepe en 1876. Ometepe está formado por dos volcanes – Concepción que ocupa la mitad noroccidental de la isla y Maderas en la mitad suroriental. Bransford excavó exclusivamente en Concepción, pero apuntó brevemente que habían petroglifos en “bloques” de basalto en la falda suroccidental del volcán Maderas (Bransford 1881: 64). Se aventuró a publicar unas de las primeras opiniones sobre el arte rupestre de Maderas, incluyendo la posibilidad de que los grabados en roca pudieron haber sido como “lápidas de sepulcros, en donde los rostros de fallecidos fueron supuestamente representados” y que eran muy antiguos (Bransford 1881: 82).

Después de Bransford, cinco años más tarde, el investigador sueco Carl Bovallius también excavó en Ometepe y en la isla Zapatera. Su reporte fue el primero en mencionar e ilustrar los numerosos petroglifos en la pequeña isla de La Ceiba (hoy llamada Isla El Muerto) cerca de Zapatera (Bovallius 1886: 43).

En 1926 Samuel Lothrop publicó su doble tomo *The Pottery of Costa Rica and Nicaragua*. En su obra menciona brevemente dos clases de “pictografías” o tallados en roca encontrados en la región del Pacífico - “diseños relativamente simples ... los que delínean figuras humanas, monos, y formas geométricas” y, segundo “glifos mucho más elaborados “basados en figuras de animales que se convierten en complejos geométricos” (Lothrop 1926b: 94).

Wolfgang Haberland, un arqueólogo alemán y primer excavador moderno, trabajó en la isla de Ometepe de 1958 a 1962. Aunque enfocó sus excavaciones en Concepción, Haberland también llevó a cabo algunas investigaciones superficiales en Maderas luego publicadas en dos artículos que reportaba de diez sitios con petroglifos, incluyendo el importante sitio de Corozal Viejo. Estos fueron los primeros sitios científicamente documentados de arte rupestre de Nicaragua (Haberland 1968;1970).

Joaquín Matilló Vila merece un reconocimiento por atraer atención pública a los

petroglifos de su patria. Su incesante interés y extensos viajes a sitios de arte rupestre por el país culminaron en varias obras publicadas a partir de 1960, hasta principios de 1980 (Matilló Vila 1965, 1968a, 1968b, 1973, 1981; Furletti y Matilló Vila 1977). El llevó a cabo uno de los primeros esfuerzos por describir y categorizar petroglifos sobre El Muerto y Ometepe en sus libros, los que continúan siendo importantes estudios (Matilló Vila 1968b; 1973). Aunque su trabajo adolece de reproducciones fotográficas de pobre calidad, una falta de documentaciones detalladas e interpretaciones altamente especulativas, sus observaciones y amplio conocimiento del arte rupestre de Nicaragua son un punto inicial para todo investigador.

El estudio limitado sobre arte rupestre de la isla El Muerto de Peter Thornquist (1981) es notable por contener los primeros dibujos detallados de esa isla. El arte rupestre también fue fotografiado y algunas veces esbozado, aunque no siempre documentado en detalle, durante investigaciones en la isla Zapatera de 1986 a 1995 (Baker y Smith 2001; Espinoza et al. 2001; Matillo Vila 1968a; Piedra et al. 2001).

El Archipiélago de Solentiname, a la orilla sureña del lago Nicaragua, se convirtió en un enfoque de estudios del arte rupestre en 1990. Un equipo italiano empezó un programa de investigación, excavación, y documentación de arte rupestre en 1994-1995 (Di Cosimo 1999; Laurencich Minelli y Di Cosimo 2000; Laurencich Minelli *et al.* 1996). Documentaron 23 sitios de arte rupestre, y Di Cosimo (1999) posteriormente produjo un estudio de petroglifos en dos sitios - Cueva del Murciélago y el sitio H, un sitio al aire libre. En 1996 Jorge Zambrana del Museo Nacional de Nicaragua publicó los resultados de una investigación arqueológica de trece islas del archipiélago. De los 93 sitios documentados, 38 contenían petroglifos con un total de 146 de ellos (Zambrana 1996: 25-36).

Rigoberto Navarro, también del Museo Nacional, publicó el primer análisis comparativo de motivos de grabados rupestres, comparando los de doce sitios en los departamentos de Managua, Masaya y Carazo con diez sitios en el archipiélago de Zapatera. Navarro trató de tipificar y cuantificar estas imágenes y construir por lo menos un marco comparativo preliminar, basándose en la obra de Matilló Vila en 1965 (Navarro 1996).

Continuando el extenso enfoque en los petroglifos de la isla Ometepe, el Proyecto Arqueológico de Ometepe, dirigido por Suzanne Baker y Michael Smith, inició una investigación arqueológica sistemática y un proyecto de documentación de los petroglifos a gran escala en el lado de Maderas de la isla Ometepe durante las temporadas de 1995 a 2001, una densa concentración de petroglifos fueron encontrados dentro de un área de 20 kilómetros cuadrados. Setenta y tres sitios y más de 1400 rocas con petroglifos (casi 1700 paneles de grabados) han sido documentados hasta la fecha, esbozados y fotografiados. Varios reportes de campo se han emitido, y análisis más detallados se tienen en preparación (Baker 1995-2002, 1996, 1997, 2000). Otro investigador, Hartmut Lettow, un artista gráfico, también ha estado documentando los petroglifos de Ometepe informalmente a través de frotages y dibujos desde mediados de 1990 (Lettow 1996, 1999).

3. Ubicación del arte rupestre

Como fue discutido anteriormente, la mayor parte del arte rupestre registrado y reportado está localizado en la región del Pacífico de Nicaragua, especialmente cerca de Managua, al sur de Managua en los departamentos de Carazo y Masaya, y en las islas del lago Nicaragua. Entre estos últimos, los de las islas Ometepe, Zapatera y El Muerto y las islas del Archipiélago de Solentiname, son especialmente bien conocidas. Ometepe tiene quizás la concentración más densa de arte rupestre reportada hasta la fecha en Centroamérica.

Al este de los lagos, parece abundar arte rupestre en Chontales, aunque no ha habido trabajo formal en arte rupestre en esa región (Belt 1874/1888: 48, 53; Matilló Vila 1968^a; Rigat 1992). Matilló Vila (1968a) cree que Chontales podría ser el área más rica de arte rupestre de Nicaragua. Se pueden admirar ejemplos de las rocas grabadas de Chontales en el museo arqueológico Gregorio Aguilar Barea de Juigalpa. Se han reportado petroglifos también al sur de Chontales en la provincia de Río San Juan (Matilló Vila 1968a).

Al norte y en la parte central norteña del país Matilló Vila (1958, 1968a) observó petroglifos en las provincias de Jinotega, Matagalpa, Estelí, y Boaco. Otros autores que mencionan arte rupestre en esta región son Guillende Herrera (1936) y CIERA-MIDINRA (1984). Edgar Espinoza del Museo Nacional de Nicaragua recientemente fotografió un nuevo sitio con pinturas rupestres en Somoto en el departamento de Madriz (Espinoza 2002, comunicación personal). Aparte de ser fotografiados, los sitios de estas áreas no han sido formalmente registrados.

El arte rupestre de la remota región Atlántica se desconoce mayormente, aunque Conzemius (1932: 44-46) mencionó muy brevemente petroglifos en su monografía sobre la etnografía de los indios Miskitos y Sumus. El (1932: 45) observó petroglifos en zonas ribereñas, incluyendo el río Coco bajo de la remota región noratlántica. Recientemente, Anna Rosa Fagoth de la Asociación Cultural Tininiska fotografió petroglifos con diseños curvilíneos serpenteados en el río Coco al norte de Bilwi-Puerto Cabezas (Fagoth 2002, conversación personal). Se han observado algunos petroglifos a lo largo de los ríos Plátano, Patuca, Wawa, Prinsapolca, Tuma, Punta Gorda, Indio, y Maíz y en la confluencia de los ríos Mico, Siquia y Rama, al sur de la región atlántica (Belt 1874/1888; Conzemius 1932: 45; Matilló Villa 1968a).

4. Tipos de arte rupestre

Existen en Nicaragua tanto petroglifos, petroglifos pintados, como pinturas rupestres, aunque los sitios de arte rupestre con petroglifos (230+) sobrepasan los de pinturas y los petroglifos pintados (Baker 1995-2002; Laurencich Minelli et al. 1996; Navarro 1996: 15; Zambrana 1996: 25-36).

4.1 *Pinturas rupestres*

En realidad, hasta ahora, sólo se ha reportado arte rupestre pintado en cinco localidades, cuatro de las cuales son aleros o cuevas. El rojo es el color más comúnmente pintado que se ha reportado, pero también se han notado el azul, negro, verde y blanco (Navarro 1996: 52, 69; Espinoza 2002, conversación personal). Hasta ahora no se han conducido estudios técnicos de pigmentación a través de análisis químicos o de fechado de radiocarbono. Todos los siguientes sitios pictográficos listados, con excepción de Icalupe, están localizados en Managua o en la sierra de Managua en la zona del Pacífico.

Laguna Asososca (llamada antes lago Nejapa)

Squier (1851-2: 402-405) hizo la primera publicación de pictografías de este sitio en 1850. Se localizan en las paredes de un lago volcánico, son notables los motivos de una serpiente emplumada enrollada y una cabeza humana pintada de rojo. No hay evidencia alguna de registros contemporáneos de este sitio, aunque una visita reciente asegura que porciones de estas pinturas son todavía visibles (Espinoza 2002, conversación personal).

Montelimar (antes sitio de San Andrés)

Esbozado por primera vez en 1878, los petroglifos de este sitio en una cueva fueron documentados recientemente (Flint 1878; Navarro 1996: 69). La cueva contiene dos pinturas y diez petroglifos pintados. Predomina una pigmentación rojiza, aunque visitantes anteriores mencionaron que también estaba presente el azul. Los motivos consisten en un mono sencillo y otras figuras zoomorfas más elaboradas, que incluyen un pájaro, y tres complejos motivos abstractos que incorporan círculos, círculos concéntricos, y líneas curvilíneas. El sitio ha sido afectado por graffiti recientes (Navarro 1996: 69-73).

Los Sanchez (antes Gruta de los Duendes)

Originalmente reportada en 1981 y documentada en los años 1990, esta cueva o alero rocoso tiene cinco pinturas y seis petroglifos pintados de rojo, que incluyen un pájaro y por lo menos otras cinco figuras zoomorfas, posiblemente monos. Rostros simples y máscaras están incorporados en serpenteadas formas curvilíneas y hay otros diseños abstractos (Matilló Vila 1981; Navarro 1996: 62-65).

Cueva de los Negros

Esta cueva contiene ocho pinturas, incluyendo una figura zoomorfa (posiblemente de un mono), una cara y varios rasgos indefinidos de pintura. Son de particular interés cuatro impresiones de mano - dos de adultos y dos juveniles. Hay algunas superposiciones, con el mono encima de las manos. Hoy sólo el color rojo es visible, pero informantes locales aseguraron que alguna vez se encontraban verde y negro (Navarro 1996:52-54).

Icalupe

Este es el sitio más recientemente reportado en Nicaragua, localizado en un alero rocoso o en una barranca cercana a Somoto en el departamento de Madriz (Espinoza 2002, conversación personal). Las fotos muestran los colores rojo, blanco y azul, con una predominancia del rojo. Una figura humana está casi totalmente pintada en blanco (Fig. 71). Tiene los brazos levantados, un pene prominente y lleva un vestuario en forma de falda roja. Otra cabeza simple se encuentra incisa o tallada en el pecho de esta figura. Elementos tallados, que incluyen una figura zoomorfa y una motivo en forma de máscara, están delineados en pintura azul y roja. También se encuentran figuras blancas amorfas.

Así como en los Sánchez y Montelimar, el sitio de Icalupe parece tener petroglifos pintados o por lo menos petroglifos tallados o incisos sobre pintura. Muchos petroglifos en otros sitios pudieron haber sido pintados pero su exposición a los elementos naturales podría haber removido muchos de los rastros de pigmentación.

4.2 Petroglifos

Los grabados rupestres o petroglifos comprenden la vasta mayoría de los 400 a 500 sitios de arte rupestre hasta ahora encontrado en Nicaragua. El territorio volcánico de la zona del Pacífico ha producido flujos volcánicos, rocas de lodo volcánico, y especialmente peñascos de basalto o andesita, que forman lienzos naturales. Matilló Villa (1968a) reportó que los petroglifos del norte del país se encuentran en rocas metamórficas duras.

La mayoría de los petroglifos fueron tallados, aunque todavía no se han encontrado herramientas de percusión. En algunos casos una combinación de tallado y raspado fueron utilizados, produciendo una profunda y tersa ranura (Baker 1995-2002; Navarro 1996: 39-40; Di Cosimo 1999: 34). Aunque hay una considerable variación en las ranuras en profundidad y amplitud, en los petroglifos de Ometepe la regularidad del tamaño de las ranuras en muchos de los paneles es sorprendente. La profundidad y el ancho varían de unos milímetros hasta 4 o 5 centímetros de ancho y tres o cuatro

centímetros de profundidad (Baker 1995-2002). La complejidad del grado y regularidad del tamaño de la ranuras en muchos de los petroglifos indican una planeación cuidadosa y una gran habilidad de artesanía en el trabajo rupestre. Sin embargo el nivel de la habilidad, de complejidad y el acabado, varían grandemente. Aunque ello pueda indicar diferencia en antigüedad o estilo, también es posible que la manufactura de petroglifos estaba ampliamente difundida entre la población, y no solamente era el dominio de especialistas. Una gran cantidad de petroglifos en Ometepe apoya este punto.

Di Cosimo (1999: 34) nota que hay diez casos de superposiciones en la cueva del Murciélagu Blanco en Solentiname, tal vez como resultado del reuso de la cueva. En Ometepe, por otro lado, hay solamente contados casos de superposición en los casi 1700 paneles documentados por el Proyecto Arqueológico de Ometepe, indicando un rechazo al reuso o retocado de petroglifos ya hechos o reflejando la abundancia de material del cual se podían crear nuevos (Baker 1995-2002).

Varios petroglifos grabados en relieve han sido encontrados en Ometepe y uno ha sido reportado en Solentiname (Baker 1996, 1997; Di Cosimo 1999: 48-49). Estos fueron tallados en cantos rodados, a veces utilizando el contorno natural de la roca para crear un efecto de escultura tridimensional. La mayoría son de figuras, generalmente de características antropomorfas. Algunos son tan imponentes que pueden ser de imágenes icónicas objeto de veneración. No es claro si estas son una forma intermedia entre petroglifos tallados y la muy conocida estatuaria monumental encontrada en las islas del lago Nicaragua.

Debido a los pocos reportes publicados de arte rupestre en Nicaragua, es difícil generalizar sobre los estilos del arte rupestre. Lo que sí es claro, sin embargo, es que los diseños abstractos curvilíneos son omnipresentes en las islas del lago, particularmente en Ometepe, y son también frecuentes en la costa del Pacífico del país, y tal vez por todo Nicaragua. Estos varían desde la simplicidad hasta una alta complejidad, y pueden incluir líneas serpenteadas, espirales y circulares (Fig. 72). También se encuentra con cierta frecuencia cabezas pequeñas y máscaras dentro de estos abstractos diseños. Los rasgos faciales generalmente consisten de sólo círculos con puntos. Se pueden encontrar complejos diseños curvilíneos incorporados a cúpulas (tacitas), morteros, o cavidades talladas mediante golpes o abrasión. Las cúpulas (tacitas) son un elemento especialmente impresionante de los petroglifos de la Isla del Muerto, donde a veces forman líneas y figuras.

Ocasionalmente aparecen formas abstractas rectilíneas, pero son mucho menos comunes. Los diseños rectilíneos a menudo son variaciones de motivos curvilíneos, ya sea como una espiral cuadrada o cuadrados concéntricos.

El diseño representativo aparece ampliamente. Los motivos incluyen figuras antropomorfas, zoomorfas e indeterminadas que difícilmente se pueden asignar a categoría alguna. Las figuras representativas pueden ser realistas, esquemáticas o altamente abstractas.

Las representaciones antropomorfas son un tipo prevaleciente. Se hallan cabezas y caras rudimentarias en números considerables. Un panel de gran interés en la Cueva

del Murciélago está cubierto de tales caras y paneles similares se encuentran en Zapatera y Ometepe (Di Cosimo 1999: 32; Navarro 1996: 96; Baker 1995-2001). Di Cosimo (1999: 36) ha categorizado por forma al menos ocho tipos de caras en las islas de Solentiname. Hay también otros motivos de forma de cabeza, a veces llamados máscaras, no fácilmente reconocibles como representación antropomorfa o zoomorfa.

Son comunes las figuras antropomorfas de simple delineado (“stick figures”) y de cuerpos completamente dibujados, aunque menos frecuentes que las caras. Ocasionalmente adornos corporales están representados, generalmente plumajes o un tocado. El sitio del Corozal Viejo en Ometepe contiene una cantidad de tales imágenes.

La mayoría de los diseños antropomorfos no diferencia el sexo, aunque genitales masculinos se encuentran representados ocasionalmente. Se pueden ver ejemplos en el Corozal Viejo y N-RIO-17 en Ometepe (Navarro 1996: 59; Baker 1996, 2000). Figuras femeninas con vulvas han sido igualmente reportadas del sitio Güiste en el occidente de Nicaragua, Corozal Viejo, y en el sitio Pulman de Ometepe (Baker 1996; 2000; Navarro 1996: 59, 120). Una pareja en copulación, algo inusual, se encuentra en Ometepe (Fig. 73; Baker 2000).

Las figuras zoomorfas son bastante comunes. El mono es el tipo más prevaleciente e identificable (Fig. 74). Algunas imágenes de monos aparecen con marcaciones en el estómago, mientras que pies, manos y cara están a menudo representados de una manera muy realista.

Imágenes complejas de aves, mostradas frecuentemente de frente, se encuentran en las islas Zapatera y Ometepe y en los sitios del Pacífico de los Sánchez y Montelimar. Varias cabezas de aves altamente estilizadas en los sitios en Ometepe podrían indicar la influencia Mesoamericana (Fig. 75), aunque las aves son también un motivo hallado en Costa Rica durante varios períodos arqueológicos (Di Cosimo 1999: 42).

Raramente se encuentran cuadrúpedos, a menudo representados sólo por dibujos simplemente delineados. En Ometepe, sin embargo, algunas figuras realistas están plasmadas en paneles complejos. Figuras con vientres punteados se distinguen claramente y muy probablemente representan a una especie pequeña de venado con manchas encontrada en la isla (Baker 1996).

Ocasionalmente se ven formas que se asemejan a lagartijas o cocodrilos - algunos rudimentarias y otras más elaboradas (Fig. 76). Las figuras en forma de serpiente son comunes y algunos diseños abstractos serpenteados pueden muy bien representar serpientes estilizadas (Fig. 75). En Ometepe se hallan algunas representaciones de tortugas, ranas o sapos (Baker 1995-2002) y se han reportado murciélagos en los sitios de Torres y Acetuno (Navarro 1996: 123).

Además de estas categorías generales, algunos motivos que se repiten pueden ser símbolos de importancia regional. Un diseño a semejanza de flor o mariposa aparece múltiples veces en el sitio del Corozal en Ometepe, así como en el sitio de Güiste en la zona del Pacífico (Fig. 77; Baker 1996; Lettow 1999: 82-83; Navarro Genie 1996: 59). Otros incluyen símbolos en forma solar y cruciformes.

5. Datación e interpretación del arte rupestre

Hasta la fecha, la mayoría de esfuerzos e interpretaciones del arte rupestre de Nicaragua han sido especulativos. Han habido pocos esfuerzos por fechar el arte rupestre en un contexto arqueológico. Se asigna una antigüedad de 300 d.C. a 800 d.C. a piezas de alfarería excavados en la isla del Muerto (Ministerio de Cultura 1982: 19). Las excavaciones de Bovallius y de posteriores colecciones emergidas en el siglo 20, sugieren fechas de 500 a.C. a. 1550 d.C. en la isla Zapatera (Navarro 1996: 82). El trabajo de Haberland en el volcán de la Concepción en Ometepe indica un asentamiento en el lugar con una antigüedad de por lo menos 1500 a.C. y, basados en colecciones en la superficie, el asentamiento de Maderas puede haber empezado en la fase Sinacapa del período Bicromado (200 a.C.-1 d.C.), ofreciendo una posible fecha inicial de los petroglifos (Haberland 1992: 115). En el archipiélago de Solentiname, excavaciones hechas a mediados de 1990 muestran evidencia de ocupación de la isla de 200 a.C. a 1200 d.C. (Laurencich Minelli y Di Cosimo 2000). Sin embargo, la fecha de asentamiento y la fecha de iniciación de la manufactura del arte rupestre no son necesariamente las mismas.

No ha habido ningún intento hasta la fecha para conducir pruebas de fechado radiométrico ni de ningún otro estudio técnico del reducido número de pictografías conocidas en Nicaragua. Existen pocas posibilidades de datación directa de los petroglifos. La mayoría se encuentran a la intemperie, sometidos a lluvias torrenciales, calor calcinante y quema de parcelas, reduciendo o eliminando las posibilidades de fechamiento por radiocarbono. En muchos lugares puede dificultarse el fechado relativo a base de estudios de la patina. Mucho del arte rupestre está grabado en peñas de basalto o de otro origen volcánico con muy poca distinción evidente de color fuera de que el clima y el humo parecen causar una repatinación rápida. De hecho, en Ometepe se ha notado que algunas rocas rayadas a machete se repataron en sólo cinco años.

Los análisis estilísticos del arte rupestre de Nicaragua están en un estado inicial y han producido solamente hipótesis tentativas sobre la cronología del arte rupestre y su asociación cultural. La amplia concurrencia de formas curvilíneas como de espirales y figuras serpenteadas, tiende a sugerir conexiones al sur - particularmente en Costa Rica y Panamá (Acuña 1985a; Fonseca y Acuña 1986; Strecker 1979: 26; Zilberg 1986b). Andrea Stone (2001, comunicación personal) encontró diseños similares en el lago La Güija en El Salvador, mezclado con motivos mesoamericanos, y ella postula que ese complejo diseño de líneas serpenteadas podría representar un estilo ampliamente difundido y típico del área baja centroamericana, con fuertes raíces sudamericanas. Laurencich Minelli y Di Cosimo (2000) tienen la teoría que las espirales, las líneas serpenteadas simples y posiblemente también grandes figuras antropo-zoomorfas son típicas del Área Intermedia (Baja Centroamérica), datando de 200 d.C. a 600 d.C., y que representan a una tradición más antigua autóctona de los chibcha. Por otro lado, símbolos abstractos y motivos representando números aztecas reflejan la influencia de la zona mesoamericana, que data de las migraciones de Chorotegas y Nahuas (Laurencich Minelli y Di Cosimo 2000: 14; 260). Aunque ésta representa una

buena hipótesis de partida, el desafío es encontrar más motivos fechables que puedan estar directamente relacionados a cualquiera de estas tradiciones.

La mayoría de intentos iniciales que se abocan a la asociación cultural, posible cronología y el significado del arte rupestre, se han enfocado en elementos o motivos particulares. Aunque no ha habido estudios extensivos en Nicaragua que traten de correlacionar al arte rupestre con la estatuaria, cerámica iconográfica, o cronológica, Navarro (1996: 40) asegura que éstos comparten algunos elementos o motivos comunes, tales como los cruces concéntricos hallados en arte rupestre y en cerámica Tola Tricroma (500 a.C. - 500 d.C.). Haberland (1970: 112-113) también nota que una figura de mono encontrada en La Palma, en Ometepe, tenía un estilo que se asemejaba a los de la Tola Tricroma. También hay algunos elementos y motivos comunes en la estatuaria.

Algunos autores han tratado de hacer comparaciones con la iconografía mesoamericana. Tanto Navarro (1996: 40-41,131) como Laurencich Minelli y Di Cosimo (2000: 4-5) creen haber identificado unos símbolos aztecas, tal vez asociados a la presencia de hablantes nahuas como los Nicaraos. Tales postulados permanecerán especulativos hasta que se encuentren más réplicas de estos símbolos en otras áreas.

La mayoría de los investigadores supone que el arte rupestre tiene asociaciones rituales. Sin embargo, muchas de las interpretaciones han sido altamente especulativas. Matilló Vila (1968^a, 1968b) creyó que podía identificar escenas de caza, iniciación, danzas, hechicería, y sacrificios. Haberland (1968: 49) sugirió que pudo haber existido un culto a la caza en Ometepe. Laurencich Minelli y Di Cosimo (2000: 260-266) produjeron la primera hipótesis interpretativa de alcance mayor, que proponía que Solentiname fue un temprano centro ritual, relacionado a un culto al agua y al fuego, así como al culto de los muertos que perduró 1700 años en los que las sucesivas culturas posteriores integran sus propias prácticas rituales. Aunque algunas o todas estas interpretaciones sean correctas, la información disponible es todavía muy escasa para ser satisfactoria.

Por la falta de registro formal del arte rupestre de Nicaragua, se tiene como consecuencia poca información empírica disponible con propósitos analíticos. El Proyecto Arqueológico de Ometepe ha iniciado lo que será el principio del banco de datos digitales nicaragüense para el uso de otros investigadores, poniendo a la disposición su colección de detallados formularios de arte rupestre, acompañados de fotografías y dibujos (Baker 1995-2001). Este exhaustivo trabajo ha empezado a mostrar una extensa difusión de petroglifos por todo el territorio, diferencias de uso de sitio, diferencia de distribución de motivos entre sitio y sitio, posibles imágenes de fertilidad y tal vez una diferenciación social. Matilló Villa (1968b, 1973), Navarro (1996) y Di Cosimo (1999) han sido pioneros en el esfuerzo por categorizar y analizar los motivos. Hasta que haya mayor información de esta clase disponible, los intentos producidos continuarán siendo hipótesis altamente especulativas.

Muchas de las teorías formuladas en otras partes del mundo todavía no han sido aplicadas o apenas han sido expresadas en la investigación del arte rupestre de Nicaragua. Estas incluyen aproximaciones cognitivas tales como los modelos neuro-psicológicos o los basados en las teorías semiótica y estructuralista, así como el estudio

del simbolismo etnográfico. Hay actualmente poca información etnográfica disponible en Nicaragua relativa al arte rupestre que pueda asistirnos, ya sea en su interpretación o fecha. La mayoría de la producción del arte rupestre probablemente terminó con la conquista española y es dudoso que alguien con vida recuerde sus asociaciones etnográficas o religiosas. Hay, sin embargo, algunos indicios fascinantes de que algo de la memoria etnográfica asociada al arte rupestre podría haber continuado en los siglos 19 y 20 (Matilló Vila 1973: 63-64; Sini 1991; Squier 1853: 92). La necesidad de la investigación etnográfica entre las poblaciones indígenas existentes permanece obvia.

Se requieren mayores investigaciones a gran escala y proyectos de investigación y registro de arte rupestre en Nicaragua. Mientras se completan más estudios regionales, la visión de las tradiciones de arte rupestre en Nicaragua, así como la de otros aspectos de la arqueología regional, será seguramente mucho más compleja de lo que se podemos imaginarnos hoy.

6. Amenazas al arte rupestre de Nicaragua

Los elementos naturales son hasta ahora las amenazas principales al arte rupestre de Nicaragua. La fuerte lluvia, el sol calcinante y los vientos constantes típicos de un clima tropical continuamente impactan sitios de petroglifos al aire libre. Las cuevas y los aleros rocosos han protegido pinturas y grabados hasta cierto punto de estos elementos, sin embargo los terremotos y ocasionalmente los volcanes son amenazas constantes. Las actividades humanas representan también algunos impactos graves. La más común de estas prácticas cotidianas es la quema de áreas agrícola para remover la densa vegetación, esto a menudo tiene como resultado una decoloración y severa exfoliación en las rocas con petroglifos. También ha habido casos de vandalismo deliberado, así como alteraciones a causa de acciones no ponderadas. En áreas rurales, los trabajadores del campo que pasan por sitios de arte rupestre, frecuentemente rayan los petroglifos con sus machetes. El creciente turismo, especialmente en Ometepe, es la causa de un aumento del tizado en los petroglifos, supuestamente por guías. A menudo los petroglifos en pequeñas rocas han sido removidos para decorar casas y jardines.

Las leyes de antigüedades de Nicaragua protegen los recursos culturales, pero el cumplimiento es difícil debido a los limitados recursos financieros del gobierno. No hay hasta la actualidad ningún programa formal de preservación concerniente al arte rupestre.

7. Resumen

Se ha observado el arte rupestre de Nicaragua extensivamente, pero poco ha sido lo documentado hasta los finales del siglo 20. Se han reportado cientos de sitios con petroglifos, así como también cinco sitios con pinturas rupestres. El arte rupestre de la vasta vertiente del Atlántico, se encuentra realmente desconocida y sólo hay disponible información diseminada, dispersa, a excepción de la costa del Pacífico y de islas en el lago Nicaragua. Las fechas del poblamiento de la costa del Pacífico se establece alrededor del período de la Zona Bicromada (1000/500 a.C. - 300/400 d.C.), aunque se haya dado una antigüedad de 1500 a.C. por análisis de la cerámica. No hay dataciones directas actuales del arte rupestre por fechado de radiocarbono. Los motivos abstractos curvilíneos están ampliamente diseminados y probablemente se relacionan al área baja centroamericana, probablemente de influencia cultural chibcha. Estos coexisten, a menudo en los mismos sitios, con figuras antropomorfas y zoomorfas. Algunos motivos de estilo mesoamericano han sido encontrados, estos están probablemente asociados al movimiento relativamente tardío de grupos culturales mesoamericanos, especialmente los chorotegas y los nicaraos. El análisis del arte rupestre está en pañales, pero la cantidad y diversidad del arte rupestre de Nicaragua, especialmente en las islas del lago Nicaragua, apunta a una intensa vida ritual precolombina. Se ha sugerido igualmente que las islas de Ometepe y el archipiélago de Solentiname fueron lugares de peregrinaje y culto por más de 2000 años. Aunque Nicaragua ha estado relativamente ignorada por los arqueólogos, su rica tradición de arte rupestre tiene un gran potencial de contribuir al entendimiento de la prehistoria centroamericana.

Agradecimiento

Quisiera agradecer a Martin Künne y Matthias Strecker por la oportunidad de contribuir a esta obra. Mi gratitud también la extiendo a Edgar Espinoza Pérez, del departamento de investigaciones arqueológicas del Museo Nacional de Nicaragua, a Rigoberto Navarro y a Hartmut Lettow por facilitarme información para este artículo. Agradezco también a Andrea Stone, de la Universidad de Wisconsin en Milwaukee, quien tuvo la gentileza de conversar conmigo sobre el arte rupestre de Centro América y Nicaragua. También me siento agradecida con Andrea Stone y Martin Künne por poner a mi disposición su manuscrito inédito sobre el arte rupestre de Centro América y de la región Maya de México.



Fig. 70: Mapa de Nicaragua con sitios importantes mencionados en el texto



Fig. 71: Pictografía del sitio de Icalupe, cerca de Somoto (Foto: Cortesía Museo Nacional de Nicaragua).



Fig. 72: Diseño curvilíneo, sitio N-RIO-62, Isla Ometepe (Foto: Proyecto Arqueológico Ometepe, J. Doty).



Fig. 73: Figuras antropomórficas, sitio Isla Ometepe (Foto: Proyecto Arqueológico Ometepe, S. Baker).



Fig. 74: Mono, sitio N-RIO-49, Isla Ometepe (Foto: Proyecto Arqueológico Ometepe, J. Doty).



Fig. 75: Panel con figuras zoomórficas y abstractas, sitio N-RIO-5, Isla Ometepe (Foto: Proyecto Arqueológico Ometepe, S. Baker).



Fig. 76: Caiman, sitio N-RIO-48, Isla Ometepe (Foto: Proyecto Arqueológico Ometepe, J. Doty).



Fig. 77: Petroglifo, Corozal Viejo, Isla Ometepe (Foto: Proyecto Arqueológico Ometepe, S. Baker).